



Narrativas auras y virreinales de la enfermedad

“Con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni pensar morir de ferida alguna”: A propósito de los efectos del bálsamo de fierabrás en don Quijote

Leonardo Sancho Dobles
leonardo.sancho.dobles@gmail.com
Universidad de Costa Rica

Recibido: 30 de setiembre de 2015

Aprobado: 25 de octubre de 2015

RESUMEN:

A partir de la elaboración y los efectos del “Bálsamo de Fierabrás” en la novela de Miguel de Cervantes *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, se explora el “Discurso sobre las armas y las letras” en el cual el personaje establece una distinción entre el estudiante y el soldado y se privilegia a este último por su constante enfrentamiento con la muerte. Finalmente, se toma como referencia el mágico bálsamo y el tópico de la muerte en el caballero andante y se tejen nexos entre la publicaciones del texto cervantino de 1605 y la de 1615.

Palabras clave: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, bálsamo, Fierabrás, muerte, armas, letras.

“With which one need have no fear of death, or dread dying of any wound”: About the effects of fierabras balm in don Quixote

ABSTRACT

From the elaboration and the effects of “Fierabras balm” in the novel of Miguel de Cervantes *The Ingenious Gentleman Don Quixote of La Mancha*, it explores the “Speech about the arms and the letters” in which the character establishes a distinction between the student and the soldier and this last one is privileged for his constant confrontation with the death. Finally, the magic balm and the subject of the death are taken as a reference in the walking knight and nexus are woven between the publications of the Cervantes text of 1605 and that one of 1615.



Key words: *The Ingenious Gentleman Don Quixote of La Mancha*, balm, Fierabras, death, arms, letters.

“...ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante a cada trinquete buscando quien se las cure...”

Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, capítulo XVIII, II parte, “De lo que sucedió a don Quijote en el Castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes”

“Yo, Sancho, nací para vivir muriendo...”

Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, capítulo LIX, II parte, “Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió a don Quijote”

PRETEXTO

El conjunto de obras escritas por Miguel de Cervantes está surcado por referencias directas a la medicina y a la farmacia, prueba de ello es que estudios recientes como los de López Muñoz, Álamo y García García (2006, 2007, 2008 y 2011), así como los de Del Valle Nieto (2002) y García Barreno (2005), dan cuenta de que el conjunto de la obra cervantina compuesto por *La Galatea*, *Viaje al Parnaso*; las novelas ejemplares *La española inglesa*, *El licenciado vidriera*, *El celoso extremeño*, *El coloquio de los perros*, las piezas teatrales *Pedro de Urdemalas* y *El laberinto de amor* y, por supuesto, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, se encuentra atravesado por una red de alusiones a los remedios que van desde los emplastos, socrocios, bálsamos, bizmas, cataplasmas, pomadas, píctimas o ungüentos, cristeles o lavativas, cosas lenitivas o laxantes y purgantes, melecinas o enemas, filtros de amor hasta llegar a referencias a un sinnúmero de recetas en las que se echa mano de plantas curativas como el romero, la adelfa o baladre, el beleño, el ruibarbo, el tabaco, el tártago y la verbena; todo lo



anterior da cuenta del complejo universo medicinal y farmacológico presente en el texto cervantino. Un caso particular lo representa el denominado “salutífero” bálsamo de Fierabrás el cual cumple una función significativa en algunos capítulos de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* de 1605 y, por añadidura, también significa a nivel simbólico un triunfo de la vida sobre la muerte. En las páginas sucesivas se analizarán las características del bálsamo de Fierabrás, su función simbólica y las posibles vías para sobrevivir a la muerte en el tránsito entre el volumen del texto cervantino publicado en 1605 y la segunda parte de 1615.

“SI A MÍ SE ME ACORDARA HACER UNA REDOMA DEL BÁLSAMO DE FIERABRÁS”

En algunos de los capítulos de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* de 1605 se hace referencia a los poderes mágicos y curativos del mítico bálsamo de Fierabrás, a partir de él, y por los poderes y efectos que posee, se da una confrontación de visiones de mundo entre el caballero andante y su escudero, aspecto que se remata en un episodio ridículo y burlesco en el cual los personajes se vomitan el uno al otro. La primera mención al ungüento se lleva a cabo en el capítulo X —luego del encuentro con el vizcaíno y los yangüeses en el que don Quijote había resultado herido— el caballero andante le da una escueta noticia del fabuloso bálsamo a su escudero, inmediatamente adorna su discurso con los alcances mágicos del remedio el cual es capaz de unir un cuerpo partido a la mitad:

“—Todo eso fuera bien escusado —respondió don Quijote— si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? —dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo —respondió don Quijote— de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y ansí, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido



por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente y al justo. Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.” (Cervantes, 2004, 125-126)

Luego de este breve diálogo donde se exponen los poderes fabulosos del medicamento, Sancho Panza considera seriamente renunciar a su prometida ínsula a cambio de que don Quijote le dé la receta de “ese estremado licor” (Cervantes, 2004, 126) como pago por sus servicios y así vivir acomodadamente el resto de sus días. Sin embargo, a partir de este detalle los personajes confunden la vía de administración de los bálsamos la cual es tópica y no oral, aspecto que traerá consigo algunas significativas consecuencias. La referencia en el nombre del medicamento al personaje fabuloso Fierabrás alude directamente a un personaje de la tradición de la literatura de caballerías:

“Fierabrás –à bras fier, «brazo fiero»– es el título de un cantar de gesta compuesto por autor desconocido en la segunda mitad del siglo XII. Pertenece al ciclo de poemas carolingios y relata una fabulosa cruzada de Carlomagno en busca del precioso bálsamo que se empleó para embalsamar a Cristo y que, robado por el gigante Fierabrás, retenía en su poder el emir de Egipto. Describe extraordinarios combates, siendo el más notable de ellos uno con que da comienzo el poema y que tiene lugar entre Oliveros, uno de los doce Pares y el gigante hijo del emir. En 1478 se imprimió en Francia la primera versión novelesca en prosa del poema, que se extendió rápidamente por toda Europa, siendo una prueba de su popularidad es su repetida cita en el Quijote.” (García Barreno, 2005)

Algunos capítulos más adelante, precisamente el XVII mientras el caballero andante y su escudero se encuentran hospedados en una de las ventas, la cual por supuesto don Quijote había pensado que era un castillo pero estaba llena de personajes que representaban los más bajos estratos de la sociedad manchega al mejor modo de la literatura picaresca, luego de una riña en la que un cuadrillero le dio en la cabeza al andante caballero con un candil con todo su aceite, una vez más, queda maltrecho y descalabrado, le solicita a su escudero:



“Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos y fue ascuras donde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

—Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.” (Cervantes, 2004, 195-196)

Después de haber obtenido los sencillos ingredientes para elaborar el mágico medicamento: romero, aceite, sal y vino, —como bien lo reitera el texto—, el escudero los lleva hacia donde se halla el lastimado caballero andante el cual “estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja.” (Cervantes, 2004, 196). Ya con los cuatro componentes básicos para elaborar el salutífero y mágico medicamento en sus manos, don Quijote procede a prepararlo con la fórmula:

“En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos.” (Cervantes, 2004, 196-197)

Como se puede observar en la receta se trata de ingredientes que más pueden funcionar como un aderezo, aliño, un vinagre balsámico que puede ser utilizado para sazonar, con lo cual se efectúa “un genial golpe de escena, el lector se encuentra con que el afamado bálsamo no es más que un simple remedio casero que nada tiene que ver con magia ni leyendas bíblicas, aunque en su preparación hay un toque religioso”. (Prieto, 2005, 49), por lo tanto se hace evidente que:



“La receta dada por Cervantes tiene todos los visos de ser auténtica. Podemos jugar a buscar en la literatura recetas similares. Hacia el año 1260, un autor de identidad aún no determinada (que alguno cree fuera Petrus Hispanus, el mismo que luego fue elegido papa Juan XXI) cuenta, en un libro llamado *Thesaurus pauperum* (tesoro de pobres), que una mezcla de romero con aceite de oliva bien mezclado y enterrado en estiércol muy caliente genera, al cabo de cuarenta días y cuarenta noches, un “ungüento muy precioso y muy virtuoso” (Prieto, 2005, 50)

Luego de la elaboración, el personaje procede a tomarse su dosis por vía oral, a la que le seguirán los efectos que el medicamento ocasionará en su cuerpo: alivio y sanación; sin embargo por tratarse de un texto paródico, que hace sátira y burla de los libros de caballería, las consecuencias que padece don Quijote oscilan entre los espacios de la parodia y la risa:

“Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y, así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a vomitar, de manera que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hicieronlo así y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pependencias, por peligrosas que fuesen.” (Cervantes, 2004, 197)

En términos de medicina y farmacología en la escena desarrollada en este capítulo se tienen varios elementos que revelan los secretos del bálsamo como son los ingredientes, la receta, la dosis y los efectos “inicialmente un vómito intenso, seguido de gran sudor y fatiga y posteriormente un profundo sueño. Al despertar (tres horas después), el efecto reparador era tan marcado que el hidalgo creyó estar completamente curado” (López Muñoz, Álamo, 2007, 205). Como se puede observar, el bálsamo de Fierabrás no se trata de nada mágico, fabuloso y complejo de elaborar, a



excepción del conjuro de más de ochenta padrenuestros y otras muchas avemarías, salves y credos acompañados cada uno con una cruz a modo de bendición.

“Cervantes no solo da una lección magistral de etnofarmacología, etnagalénica, farmacodinamia y toxicología sino sobre todo de sentido común: en la España rural del s. XVII no se puede recurrir a ungüentos o brebajes confeccionados con especias, drogas y resinas orientales, sino que había que acudir a la flora local e ingredientes al alcance de la mano y de la cocina. El hecho de que hay que rezar mientras se prepara el remedio nos da una bonita pista de los usos y costumbres populares de la época que lejos de mezclar en el mortero los simples o de cocer los ingredientes, da una dimensión religiosa al simple acto galénico. Nos advierte de que no se puede jugar con las vías de administración de los medicamentos, ya que obtenemos efectos distintos, y que aunque los ingredientes sean aparentemente simples e inocuos pueden presentar efectos adversos si son usados incorrectamente.” (Prieto, 2005, 51)

Lo que se puede sacar en claro es que al medicamento lo precede la fama y el nombre fantástico que hace referencia a los personajes de los libros de caballerías que le habían hecho perder el juico al hidalgo. El escudero también bebe el bálsamo pero los efectos no son los mismos que los del caballero así “primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó que bien y verdaderamente que era llegada su última hora” (Cervantes, 2004, 197) por lo cual don Quijote concluye que eso le ocurre por no ser armado caballero pues “este licor no debe de aprovechar a los que no son” (Cervantes, 2004, 197) lo cual evidencia la oposición de pareceres y visiones de mundo que oscilan entre el andante caballero y su escudero.

Aunque son claros los ingredientes, la receta, la dosis y los efectos, el caballero andante equivoca la vía de administración pues al tratarse de un bálsamo este debía aplicarse de manera tópica, de uso externo y local pues se trata de un ungüento que se aplica sobre un cuerpo y se esparce, pero don Quijote lo administra por vía oral, en lugar de hacerlo ungido lo hace bebido:

“Conocedor fino de que no se puede jugar con las vías de administración de los medicamentos, el autor da una vuelta de tuerca más a la escena.



Por definición un bálsamo o unguento debe ser una forma de administración externa, pero nuestro ingenioso Hidalgo, una vez más, toma al pie de la letra lo que los libros de caballería dicen y la ingiere. El preparado, que a nadie se escapa pueda tener buenos efectos cicatrizantes y antisépticos en procesos tópicos, actúa como un purgante si es administrado vía oral, causando una serie de efectos predecibles que son perfectamente descritos por Cervantes.” (Prieto, 2005, 50)

Las referencias al bálsamo concluyen en el capítulo siguiente de una manera bastante particular, los personajes han abandonado la venta, Sancho Panza es manteado al salir y, luego del enfrentamiento con el rebaño de ovejas que había confundido con un ejército, don Quijote queda nuevamente malherido se bebe unos tragos del medicamento, el escudero lo socorre y se le revolvió nuevamente el estómago:

“Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

—¡Santa María! —dijo Sancho—, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero, reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fue tanto el asco que tomó, que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas.” (Cervantes, 2004, 213)

Un aspecto que resulta bastante significativo de este cierre es que, como contrapunto de la escena de corte escatológico, el caballero andante hace referencia directa a un tratado de medicina el texto conocido como *Dioscórides* que fuera ilustrado por Andrés Laguna, con lo cual se evidencia que en la biblioteca del hidalgo no solamente había libros de caballería andante y poesía, sino también tratados científicos: “—Con todo eso —respondió don Quijote—, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna.” (Cervantes, 2004, 214-215). La referencia directa a este tratado científico y médico ubica al ingenioso hidalgo y a la sabiduría de su autor del lado de “el amplio conocimiento de las plantas, algunas con propiedades



curativas, y de los preparados de botica que exhibe Cervantes proceda de la lectura y de la consulta de obras técnicas, como la famosa edición del *Dioscórides* editada por Andrés Laguna y considerada como un manual de referencia en esta materia durante siglos.” (López Muñoz, Álamo, 2007, 198)

La cita directa a este texto de medicina antigua pone de manifiesto el conocimiento que Cervantes tenía, además de otros saberes, sobre las prácticas médicas y curativas de la época:

“Detengámonos a considerar, muy brevemente, estas dos figuras de la Ciencia. Dioscórides nació en Sicilia durante el siglo I a. de C. Fue médico militar y viajó incansablemente por todo el Imperio Romano. Incorporado a las legiones, recogió y clasificó plantas de acuerdo con sus propiedades medicinales, llegando a ser el farmacólogo más importante de su época. Sus trabajos los recopiló en *De Re Médica* (Materia médica) y su influencia resultó decisiva durante muchos siglos en la ciencia europea y para los expertos en Farmacopea, hasta el punto de que ningún autor fue tan comentado como él. Y fue precisamente Andrés Laguna su comentarista más importante, hasta el punto de que su labor con la obra de Dioscórides ha marcado una profunda influencia en la Botánica y Farmacia Españolas, ya que el *Dioscórides* de Laguna sirvió como libro preferente de estudio durante siglos. Nació en Segovia y es un nombre científico señero del Renacimiento Español y europeo: anatómico, botánico, filósofo, farmacólogo, gran médico, políglota.” (Del Valle, 2002, 67-68)

NO TODO ES MORIR, PORQUE AÚN NO ACABÓSE LA OBRA

Luego de haber revisado los alcances del bálsamo de Fierabrás en el texto cervantino, corresponde observar la relación que se puede establecer con el tema de la muerte y los nexos que se pueden entretejer entre la primera parte de 1605 y la segunda de 1615. El tema de la muerte, según don Quijote está relacionado con su concepto que él maneja sobre el caballero andante, lo expone en el “Discurso de las armas y las letras” que pronuncia principalmente en el capítulo XXXVII del Quijote de 1605, aunque también aparece una mención a ese asunto en el capítulo XLIV de ese tomo; por otra



parte, en la segunda parte del texto cervantino de 1615 se hace referencia al este tema en los capítulos VI y XXIV. Como se ha mencionado, todas estas alusiones a este motivo están relacionadas con la poética y la concepción de la caballería andante que sostiene el personaje a lo largo de las páginas de su libro. El “Curioso Discurso sobre las Armas y las Letras” lo pronuncia don Quijote en la venta, cuando había desagraviado a la princesa Micomicona y resuelto algunos entuertos amorosos de otros personajes. El personaje sostiene en su argumentación una preeminencia de las armas sobre las letras, hace una excepción con las letras divinas, porque el objetivo es llevar las almas al cielo. Establece un paralelismo entre el soldado y el estudiante con las armas y las letras y plantea que ambas profesiones buscan la justicia, en el caso de las letras humanas el fin es poner en su punto la justicia distributiva y, en lo que concierne al soldado, le corresponde en conseguir la paz, la cual es el mayor bien al que el hombre puede aspirar en la vida. Don Quijote invierte la superioridad que tienen las armas sobre las letras por consistir en un trabajo del espíritu y cede la primacía a las armas, pues aunque sea un trabajo eminentemente corporal y no intelectual, se trata de un trabajo del espíritu porque también defiende las leyes y hace justicia para que pueda haber paz entre los hombres.

“Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, váguídos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida.” (Cervantes, 2004, 489)

En otro contexto, en el capítulo XXIV de la segunda parte del texto cervantino, don Quijote vuelve a tratar el tema de la superioridad de las armas ante las letras, y la de los soldados ante los estudiantes, pues sostiene que con las armas se consigue más honra; esto confiere a los soldados cierta ventaja frente a los letrados, ya que las armas tienen un esplendor que las letras no alcanzan porque entre todos los sucesos que le



pueden ocurrir a un soldado está el de convivir con la muerte y enfrentarse diariamente con ella, según el andante caballero reside ahí la fama y el honor de un caballero a los cuales no puede aspirar un letrado: “Todo es morir, y acabóse la obra” (Cervantes 2004, 911). Como lector que es, Alonso Quijano necesitaba de algún detalle que excediera el espacio que le ofrecían las letras, deja los libros y toma las armas como caballero andante porque, aunque los dos caminos persiguen la paz y la justicia, pero en su manera de concebir teóricamente al andante caballero, es la cercanía y el peligro que representa la muerte ante la vida lo que distingue a una persona que ha optado por el camino de las armas: “pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos a la andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte” (Cervantes, 2004, 738).

Como se observaba anteriormente el unguento mágico poseía una virtud capaz de vencer a la misma muerte y en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* cumple una doble función científica, por una parte, y burlesca por otra; no obstante la mención a este mítico medicamento de la tradición de la literatura de caballerías inserta al texto de Miguel de Cervantes en el universo de la literatura fabulosa y las proezas mágicas de los caballeros invencibles pues funciona como un recurso literario para resucitar personajes:

“Los caballeros andantes solían recurrir a brebajes y remedios mágicos para sanar las heridas recibidas en sus épicos combates, e incluso, como apunta D. Quijote, para poder volver milagrosamente a la vida tras ser despedazados por sus fabulosos enemigos. Con este tipo de trucos los escritores de novelas de caballerías podían estirar *ad eternum* las andanzas de sus caballeros y con ellas sus libros: no había trauma ni herida ni hechizo que pudiera poner fin a ellas, bastaba administrar la poción justa y nuestros héroes podían continuar su tarea de “deshacer entuertos” y proteger bellas damas como si tal cosa.” (Prieto, 2005, 48)



El bálsamo mágico podría ser el que recusita al personaje porque la muerte de don Quijote, al parecer, ocurre luego de que el hidalgo regresara a su aldea en el texto de 1605, según se le da noticia al lector que realizó su tercera salida a Zaragoza pero no queda establecida de manera precisa, puesto que el narrador confieza que:

“Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo, que, según él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres.” (Cervantes, 2004, 647)

Por diversas razones, resulta bastante significativo que las últimas noticias que se tienen del andante caballero al concluir el volumen de 1605 provengan de un antiguo médico que posee una caja de plomo en la cual se hallaron los poemas finales que funcionan como paratextos de la novela, poemas en los que, siempre en un afán paródico y mediante epitafios, varios académicos de la Argamasilla dan cuenta de la muerte de don Quijote, Sancho Panza y Dulcinea ante sus sepulturas.

“Don Quijote queda sepultado no en tierra, sino en un texto, entre anaqueles y legajos, en un yacimiento de letras, como había anunciado en el prólogo: “En fin, señor y amigo mío –proseguí, yo determino que el señor don Quijote quede sepultado en sus archivos de la Mancha.” Al final se confirma que en las memorias de La Mancha, en la escritura como sinónimo de memoria que reposa en la silenciosa y yacente quietud de un archivo, aquellos archivos manchegos en que al autor tanto le costó inquirir y buscar, queda para la posteridad relación de don Quijote. Su fin y acabamiento solo es posible gracias a esa caja de plomo que escondía pergaminos escritos en letras góticas y que daban cuenta de la sepultura y de los epitafios de los académicos de Argamasilla.” (Layna Ranz, 2010, 68)

Este hallazgo se trata de un hecho revelador porque en dicha caja de plomo no se encuentra el cuerpo del difunto, más bien don Quijote se transforma en textos, su cuerpo y el de los otros personajes se transforman en palabras, pues ha ocurrido un



proceso de desdoblamiento de los cuerpos en textos, el andante caballero se trasfigura, una vez más, en letras. Por otra parte es necesario revisar cuidadosamente la mención al médico y a la caja de plomo pues con esos elementos se vuelve a hacer referencia a la medicina, a los bálsamos y a la muerte. En los tratados médicos antiguos se establece que las cajas de plomo resultan las más indicadas para conservar los cadáveres de la humedad y así preservarlos de la descomposición:

“Si los vestidos o la mortaja del cadáver son tales que impidan el paso de la humedad o el contacto del aire, se concibe cómo podrán retardar considerablemente la putrefacción. Los cadáveres desnudos, y los que no tienen ataúd sobre todo, se corrompen con mucha más rapidez, como que nada los guarece de los agentes destructores de su ambiente, las vestiduras e impermeables y las cajas de plomo, conservan por largo tiempo los cadáveres.” (Mata, 1857, 357)

Según algunos escritos médicos de siglos anteriores, el proceso de embalsamamiento se trata de un método en el que se mezclan polvos de especias, rociados con aceites, vinagre, alcoholes y barniz, se vacía el cuerpo muerto y se lava se frota con las mezclas y se venda para luego ser colocado en una caja de plomo que lo resguarda de la humedad y la descomposición. Estos procedimientos e ingredientes se pueden apreciar detalladamente en la siguiente entrada de un diccionario de medicina del siglo XIX:

“*Embalsamamiento*, m. Balsamatio: operación en que se intenta conservar un cuerpo muerto oponiéndose a la putrefacción: se ha dado este nombre por haberse usado generalmente bálsamos para conseguir este objeto. Casi todas las naciones antiguas tenían la costumbre de embalsamar los muertos; pero en el día solo se usa para grandes personajes. El método comunicado por Boudet: 1º en un polvo compuesto de corteza de roble molida, de sal descrepitada, de canela, y de otras sustancias astringentes y aromáticas, de betún de Judea, de benjuí, etc. Todo mezclado reducido a polvo fino y rociado con aceites esenciales; la corteza de roble forma la mitad del peso, y la sal la cuarta parte; 2º alcohol satruado de alcanfor; 3º vinagre con alcohol alcanforado; 4º un barniz que se puede componer con el bálsamo de Perú, el de copaiba, estoraque líquido, y aceite de nuez moscada, de espliego y de tomillo; 5º alcohol saturado de sublimado corrosivo. Preparado todo se abren las cavidades y se extraen las vísceras; se cortan los tegumentos del cráneo; se sierran los huesos de éste



circularmente y se extrae el cerebro; se abre el tubo intestinal por toda su longitud; y en las vísceras se hacen profundas incisiones; se lava todo con agua, se exprime, y después se vuelve a lavar con vinagre alcanforado, y por último con el alcohol también alcanforado: así preparadas todas las partes internas y rociadas con los polvos compuestos del número primero, se halla en disposición de ser colocadas en sus cavidades correspondientes. Seguidamente se practican muchas incisiones en las superficies internas de las grandes cavidades siguiendo la dirección de longitud de los músculos; se lavan todas las partes, y se secan con esmero, a las lociones simples deben seguir las de vinagre y alcohol alcanforado; y con un pincel se aplica a todas las incisiones la disolución espirituosa del sublimado, se produce mucho calor, los músculos se blanquean y la superficie queda prontamente seca. Hecho esto se da una mano de barniz a todas las incisiones internas, y después se las llena con los polvos. Se barniza también toda la cara interna de las cavidades, y se echa una capa de polvos que queda pegada al barniz: entonces se coloca cada víscera en su lugar; se añaden los polvos necesarios para llenar los vacíos, y se cosen los tegumentos, teniendo la precaución de barnizar y espolvorear la superficie interna de estos que tienen que ser aplicada sobre los huesos: cerradas todas las cavidades, se barnizan y llenan de polvos las incisiones interiores, así como la superficie de la piel. Embalsamado de este modo el cadáver, se aplican sobre las partes, incluso la cara, vendajes metódicos que comprimirán igualmente y cubran todos los puntos: se barniza el primer vendaje, se echa una capa de polvos, y en seguida se aplica otro segundo vendaje, que también se barniza. Se coloca el cadáver en una caja de plomo; se llenan todos los vacíos de esta con los polvos compuestos, se aplica la tapa y se suelda, quedando así concluida la operación.” (*Diccionario*, 1856, 784)

Es posible pensar que el bálsamo ha sido capaz de devolver al caballero de la muerte, las dos partes han sido unidas por la misma pluma, por el efecto del mágico, salúfero y fabuloso bálsamo de Fierabrás y el caballero queda embalsamado, guardado en una caja de plomo, el libro que lo contiene, el cual es, a una misma vez, arca y libro, donde se ha transformado en texto “El texto de Cervantes se repliega sobre sí mismo, se hunde en su propio espesor y se convierte en objeto de relato para sí mismo” (Foucault, 2010, 65). Entre la primera parte de 1605 y la segunda de 1615 el personaje resucita gracias a la letra escrita, don Quijote regresa de la sepultura gracias a los trazos de la misma pluma, ha sido embalsamado y se traspapela en texto, don Quijote de 1605 se transfigura en otro, el de 1615, ya no tiene que calcar los libros de caballería que había



leído si no que tiene que ser fiel y copia imitación de sí mismo “en el intersticio de esos dos volúmenes y por su solo poder, Don Quijote ha tomado su realidad” (Foucault, 2010, 65). La propia pluma de Cervantes lo revela en el prólogo diez años después de que las noticias del caballero andante habían aparecido en una caja de plomo que estaba en poder de un médico: “Y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote* que te ofrezco es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy a don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado” (Cervantes, 2004, 677). Ya lo había dejado en claro el andante caballero, se trata de unir y hacer encajar perfectamente dos mitades “cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sutileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente y al justo” (Cervantes, 2004, 125-126) y, después de que las dos secciones se han unido, es necesario ingerir el precioso elixir “me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.” (Cervantes, 2004, 126) para que el cuerpo recupere la vida.

Don Quijote ha ingerido en dos oportunidades el mítico, salutífero, mágico y fabuloso bálsamo, del andante caballero se vuelve a tener noticia hasta que en un arca destinada para conservar los cuerpos embalsados aparecen unos papeles que dan cuenta de su destino, en la caja de plomo el personaje se ha transfigurado en textos, por esa razón Cervantes teje sin ningún problema las dos partes del ingenioso hidalgo porque don Quijote ha reencarnado en texto gracias a los efectos del bálsamo de Fierabrás. Si bien es cierto, a raíz de la publicación del Quijote apócrifo de Avellaneda, al cerrar la Segunda Parte de 1615 de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* Cervantes da noticias de que el caballero ha fallecido lo deja “reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte” (Cervantes, 2004, 1337). El caballero andante se queda vagando en los sueños del hidalgo quien se despierta solamente para poner fin al texto



cervantino, pero don Quijote sobrevive a Alonso Quijando cuyos huesos se han podrido en la sepultura y, merced a haber ingerido el bálsamo de Fierabrás, el caballero ha logrado finalmente vencer a la muerte, sus dos mitades han sido unidas gracias a la magia de los trazos de la misma pluma.

BIBLIOGRAFÍA

Cervantes, Miguel. (2004). *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Galaxia de Gutenberg / Círculo de Lectores.

Del Valle Nieto, Ángel. (2002). "Botica y farmacia en el Quijote". *Anales de la Real Academia Nacional de Farmacia*, 68. 23-67.

Foucault, Michel. (2010). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México D.F.: Siglo XXI.

García Barreno, Pedro R. (2005). "La medicina en *El Quijote* y en su entorno". En: *La ciencia y el Quijote*. JM Schz Ron, ed crítica. Barcelona: Drakonos, pp. 155-179.

Layna Ranz, Francisco. (2010). "Todo es morir, y acabóse la obra' Las muertes de don Quijote". *Bulletin of the Cervantes Society of America*, 30, pp. 57-82.

López-Muñoz, Francisco; Álamo, Cecilio (marzo de 2006). "Cervantes en clave de fitoterapia. A propósito de las hierbas medicinales en el Quijote". *Jano*, número 1, 600, pp. 56-58.

López-Muñoz, Francisco; Álamo, Cecilio (2007). "El *Dioscórides* de Andrés Laguna en los textos de Cervantes: de la materia medicinal al universo literario". *Anales Cervantinos*, vol. XXXIX, pp. 193-217.

López-Muñoz, Francisco; Álamo, Cecilio; García-García Pilar (junio 2008). "Narcóticos y alucinógenos en las obras literarias de Cervantes: el poder mágico de las plantas". *Actualidad en farmacología y terapéutica*, volumen 6 nº 2, pp. 111-125.

López-Muñoz, Francisco; Álamo, Cecilio; García-García Pilar (2011). "Las cuatro caras del fármaco y la 'falta de juicio' en los textos cervantinos". *Farmacología y toxicología*, volumen 1, Nº 1:1, 28, pp. 1-15.

López-Muñoz, Francisco; Álamo, Cecilio; García-García Pilar (2011). "Narcóticos y alucinógenos en las obras literarias de Cervantes: el poder mágico de las plantas". *Actualidad en farmacología y terapéutica*, volumen 6 nº 2, pp. 111-125.



- Mata, Dr. D. Pedro. (1857). *Tratado de medicina y cirugía legal teórica y práctica*. Madrid, Carlos Bailly-Bailliere, librería extranjera y nacional científica y literaria, 1857.
- Prieto, José María (mayo de 2005). “Literatura y etnofarmacología. ‘El Bálsamo de Fierabrás’”. *Boletín Latinoamericano de Plantas Medicinales y Aromáticas*, vol. 4, núm. 3, pp. 48-51.
- (1856). *Diccionario de Medicina, cirugía, farmacia, medicina legal, física, química, botánica, mineralogía, zoología y veterinaria*, Madrid: Oficinas del Museo Científico

